

Lazos de familia

[Micha Odenheimer](#)

- **Mishpacha**, Jerusalem

En la era de la televisión por satélite e Internet, es extraño que una revista impresa altere la conciencia de una comunidad completa. Pero *Mishpacha*, un semanario publicado en inglés y hebreo, lo ha conseguido. Leído por un 30% de los ultraortodoxos en Israel y por un porcentaje similar de ese grupo en EE UU, la revista ha redibujado las fronteras del discurso público en esta colectividad. “*Mishpacha* es, al mismo tiempo, expresión y agente de la revolución de la sociedad ultraortodoxa”, dice Tamar Rotem, periodista del diario liberal israelí *Haaretz*. Pero la cabecera (cuyo nombre significa “familia”) no lo ha hecho disparando desde los extremos, sino dirigiéndose a una nueva mayoría que, de alguna forma, ella misma está contribuyendo a definir: más democrática, plural y autocrítica de lo que cabía imaginar hace unos años.

En hebreo, a los ultraortodoxos se les llama *haredim* (temerosos), para reflejar la reivindicación de esta comunidad como símbolo del último bastión del judaísmo centrado en el respeto y la reverencia hacia Dios. El movimiento nació a principios del siglo XIX, cuando el humanismo laico de la Ilustración comenzó a penetrar en las poblaciones judías de Europa del Este. Los principales rabinos respondieron al cambio prohibiendo la enseñanza laica y todas las innovaciones que reflejasen las sensibilidades modernas. Después del Holocausto, los ultraortodoxos supervivientes que se agruparon en Israel se enfrentaron al triunfo del sionismo secular. En respuesta, los *haredim* israelíes crearon una cultura más cerrada y controlada que nunca. La televisión y el cine se prohibieron y el ansia por la educación superior empezó a ser mal vista, salvo para ganarse la vida. Lo mismo ocurrió con el debate interno y la crítica. En las dos décadas pasadas, sin embargo, el crecimiento exponencial de la población ultraortodoxa en el mundo (la familia media tiene entre seis y ocho hijos) les ha calmado. Mientras, el sionismo ha perdido mucho caché, sobre todo porque su mayor objetivo –la creación de un Estado judío en Israel– se ha conseguido.

La nueva autoestima de la sociedad ortodoxa le ha permitido ser también más autocrítica, y *Mishpacha* ha jugado un importante papel en este sentido. Su revolución tranquila no es evidente en la portada, que a menudo se ilustra con la imagen de uno de esos sabios de la Torá con barba blanca que son los héroes culturales de esta sociedad. El primer indicio de aire fresco se encuentra en la sección de cartas. En un número reciente, un lector escribía sobre la discriminación contra “los reconvertidos al judaísmo” –judíos de familias no ortodoxas que se han unido a la comunidad rigorista–, lo que desencadenó un gran debate en la *calle ultraortodoxa* y en el magacín. *Mishpacha* apunta otras formas de discriminación, como la tendencia de algunas escuelas y seminarios ultraortodoxos a negar la asistencia de judíos procedentes de África o de Oriente Medio. Al denunciar algunas formas de racismo, la publicación está cambiando la estructura jerárquica y el énfasis en el pedigrí familiar en la sociedad ultraortodoxa.

Aunque *Mishpacha* permanece, en teoría, neutral sobre las cuestiones políticas que dividen a Israel, cubre de forma exhaustiva acontecimientos como la retirada de los colonos de la franja de Gaza y la guerra con Líbano del verano pasado. Eli Paley, fundador de la revista y consejero delegado de Mishpacha Publishing Group, asegura que quiere promover el diálogo entre la comunidad ultraortodoxa y el resto de la sociedad israelí, así como potenciar la empatía de los *haredim* hacia el sufrimiento ajeno. “No tomamos partido durante la retirada de Gaza”, dice Paley. “Fuimos muy criticados porque gran parte del universo haredi estaba contra la retirada. Lo que sí cubrimos (...) fue el dolor de los colonos expulsados de sus casas”.

La agenda oculta de Mishpacha –para mediar en la *détente* entre modernidad y ultraortodoxia– está todavía en construcción. “Lo que me interesa”, asegura Paley, “es lo que podemos aprender de la modernidad, no lo que tenemos que temer”.

La publicación lleva reportajes sobre la sociedad contemporánea apropiados para los *haredim*, y silencia otras cuestiones. La ciencia se acepta, incluso quizá la evolución, pero no la promiscuidad sexual, el cotilleo sobre famosos y el culto a la fama.

Al ofrecer un modelo de fundamentalismo seguro de sí mismo y sin miedo a discutir con la modernidad, *Mishpacha* tiene el potencial para extenderse más allá de sus propias y escogidas fronteras y abrir camino para otros grupos tradicionalistas

en todo el mundo que están intentando hacer las paces con nuestros tiempos.

Fecha de creación

8 junio, 2007